LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO VIII — BARCELONA 21 DE ENERO DE 1889 — NUM. 369

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE BARCELONA



COMPAÑERISMO cuadro de Román Navarro

SUMARIO

Texto. – *Nuestros Grabados.* – *Un suicidio legal,* por don Ricardo Revenga. – *Los venezolanos,* por don Miguel Tejera. – *Caballero primero,* por don Eduardo de Palacio. – *Los barros cocidos del museo de Caracas (Venezuela).* – *Los relámpagos.* – *Noticias varias.*

Grabados. – *Compañerismo,* cuadro de Román Navarro. – *James Clarke Hook.* – *Las copistas en el Louvre de París,* dibujo de Dudley Hardy. – *Suplemento artístico: El emperador Guillermo I victorioso fundador del Imperio Alemán.*

NUESTROS GRABADOS

COMPAÑERISMO, cuadro de Román Navarro

(Exposición Universal de Barcelona)

Ninguna amistad improvisada es tan sincera como la amistad que se contrae en el campamento. La comunidad de privaciones y de peligros, la incertidumbre del porvenir, la nostalgia del humilde hogar doméstico, la necesidad de creer que alguno cerrará piadosamente los ojos del cadáver antes de ser arrojado á la fosa anónima, establece entre los soldados lazos de familia, cariño fraternal, compañerismo en vida y en muerte. Esto lo sabe perfectamente el autor del cuadro que publicamos, oficial de caballería en el ejército español, próximo á soltar la espada para empuñar exclusivamente los pinceles del artista.

Y á fe que su preferencia es justificada. Quien como Navarro, fiado casi del todo á sus impulsos propios, sin antecedentes escolásticos y robando horas al penoso ejercicio de las armas, da una muestra de su valer como la del cuadro que titula *Compañerismo,* bien puede prometerse que si renuncia á unos laureles, otros no menos estimados le están deparados. Por de pronto pinta lo que más conoce y lo pinta con verdad y con sentimiento. Ese herido sufre, es indudable; pero sufre con la heroica resignación del que vierte su sangre generosamente sin saber por qué, pero en la justa creencia de que ha cumplido con la patria. El soldado que le sostiene en la silla contempla á su compañero con el cariño de un camarada que harto comprende la facilidad con que en el próximo encuentro puede necesitar iguales demostraciones de afecto; y el imberbe trompeta que ha descabalgado fija la vista en el punto donde tiene lugar la batalla cual si quisiera prepararse para resistir una agresión que pudiera costar cara á su nuevo amigo. En cuanto á los caballos son excelentes estudios del natural.

La Ilustración Artística que ha publicado las obras más célebres de los pintores antiguos y modernos para que en ellos aprendan los artistas y forme su gusto el público, cree que no menos cumple con la misión que se ha impuesto estimulando en el comienzo de su carrera á cuantos la acometen en las condiciones del Sr. Navarro.

JAMES CLARKE HOOK

Este anciano y laborioso artista, uno de los que mayor renombre gozan en Inglaterra, cuenta hoy cerca de setenta años, y hace ya cerca de treinta que pertenece á la Real Academia de Pintura de Londres, de la que fué elegido individuo por unanimidad de votos. Habiendo pasado sus años juveniles en las colonias inglesas de la costa occidental de Africa, empezó á familiarizarse con el mar en los frecuentes viajes que hizo á su isla natal, procediendo seguramente de esta circunstancia la afición que en su carrera artística ha mostrado á todo cuanto se relaciona con aquel elemento.

Hizo sus primeros estudios en Londres, donde frecuentó asiduamente las galerías del Museo Británico, dedicándose á copiar los mármoles allí conservados de los autores clásicos griegos. Pasó luego á perfeccionarse en Italia, estudiando en Venecia con gran provecho las obras del Ticiano, Tintoretto, Palma el Viejo y otros, y visitando las principales ciudades de aquel país. De regreso á su patria, pintó muchos cuadros de historia, mas su verdadera vocación, por decirlo así, eran las marinas, en las cuales se ha distinguido y distingue de un modo notable. Prueba de ello son los cinco grabados que publicamos, reproducciones de otros tantos lienzos suyos conservados con singular aprecio por sus poseedores.

La laboriosidad de Clarke Hook es tal, que sus biógrafos enumeran hasta ciento ochenta cuadros pintados por él, amén de un número infinito de bosquejos y apuntes. Hoy á pesar de su avanzada edad, conserva el ardor artístico de un joven, y retirado en su solitaria posesión de Silverbeck, divide el tiempo entre su modesto estudio y los trabajos de jardinería á que se dedica tanto por afición cuanto por conservar su vigor y su salud.

COPISTAS EN EL LOUVRE DE PARIS

dibujo de Dudley Hardy

Cuantos hayan visitado en días laborables los salones del principal Museo de Pinturas de la capital de Francia, habrán fijado sin duda su atención en el considerable número de mujeres de toda edad y condición social que se dedican á copiar algunos de los cuadros expuestos, número que cada día va en aumento, á la par que crece en la vecina república la afición á la práctica de las Bellas Artes. Las exposiciones de pinturas, ya generales, ya parciales, se multiplican en París, siendo rara la época del año en que no hay abierta alguna, y como los expositores no pertenecen exclusivamente al sexo fuerte, sino que también el bello toma parte en ellas, y aun tiene constituída una sociedad que celebra anualmente su exposición particular, de aquí el que las damas, y entre ellas bastantes de elevada posición, se dediquen á manejar los pinceles con creciente afán y emulación.

El grabado que publicamos es un bosquejo de varios de los tipos femeniles que puede ver á cualquier hora el visitante del Museo del Louvre, y aunque alguno de ellos está trazado con cierta exageración, rayana si se quiere en caricatura, no por eso dejan de dar una idea de las aficionadas que más asiduamente frecuentan aquel museo, así como de la soltura y destreza del lápiz del hábil dibujante M. Dudley Hardy.

SUPLEMENTO ARTISTICO

EL EMPERADOR GUILLERMO I

victorioso fundador del Imperio Alemán

cuadro de Fernando Keller

La apoteosis es un género pictórico pasado de moda. Hubo un tiempo en que el orgullo excesivo del vencedor ó la excesiva adulación de sus cortesanos buscaban manera de endiosar el éxito, apelando al obligado concurso ó auxilio de la mitología. Los techos y paredes de muchos palacios reales y los Museos de varias naciones están plagados de frescos y cuadros en los cuales el Olimpo entero se halla puesto á contribución para significar las virtudes, más ó menos contestables, de ciertos héroes flamantes.

Mas en nuestros días de positivismo semejantes alegorías parecen cuando menos extravagantes. Se necesita todo el talento de Keller para hacer tolerable esa especie de mascarada simbólica de la fundación de un imperio. Guillermo I es más grande á nuestros ojos vestido con el militar capote de sus soldados, que con ese manto de armiños fuera de lugar y tiempo. Ni es necesaria la cuadriga romana para realzar la idea del triunfo, cuando le bastaba y sobraba al anciano rey de Prusia su caballo de batalla para infundir el respeto que imponen la edad, el talento y la victoria. Otro tanto pudiéramos decir del príncipe heredero, cuya varonil fisonomía se destacaba mucho mejor debajo del férreo casco que con el aditamento de esa corona de laurel que jamás se le hubiera ocurrido ceñir teatralmente á sus sienes.

Esto no disminuye el mérito del cuadro bajo el punto de vista de su factura; todo lo contrario. El lienzo cuya copia publicamos es un anacronismo en nuestros tiempos; pero sin duda puede compararse con los espléndidos de Rubens, que fué gran maestro en este género.

UN SUICIDIO LEGAL

I

¡La Correspondencia de España con el crimen de la calle de Toledo! Así gritaba, por los años de mil ochocientos y... (ponga aquí el lector los que guste) un chiquillo con voz estridente y destemplada.

¡La Correspondencia de España, con la última declaración de Eusebio Velarde! anunciaba con voz gangosa y de ciertos tonos que *olían* á aguardiente, una mujer á juzgar por la falda y el mantón que la cubrían, únicas señales de femeneidad que en ella se veían.

¡La Correspondencia de España! chillaba en el otro extremo de Madrid, la atiplada voz de una encanijada niña de grandes y desnudos pies, desarrollados huesos, color clorótico, inmensos ojazos negros, nariz chata y respingona, boca inmensa y cara y manos sucias, hasta tal extremo, que en ellas se veían, sombras de moras con churretes de melón, chafarrinones de negra uva, y pringosas caricias de suavísima guinda.

¡El crimen de la calle de Toledo!

¡El «Escandaloso,» con la excarcelación de Benita Terrero!

Estos y parecidos anuncios oía el pueblo de Madrid, por los años ya citados, y lacayos de aristocrático y antiguo caserón vistiendo flamantes y galoneadas libreas, olvidaban por un instante la importancia de su elevado cargo y llevaban á sus linajudos señores «La Correspondencia», «El Escandaloso» ó «El Ideal», imitando la conducta de zafias cocineras, ilustrados memorialistas, amables simones, honrados ultramarinos, bizarros tenientes, cesantes perpetuos, virtuosos presbíteros, doncellas de labor ó de cualquier cosa, patronas de huéspedes, viudas de intendentes, estudiantes de derecho, que se torcían siempre al dirigirse hacia la Universidad, cómicos sin contrata, pero eminentes, médicos sin enfermos, abogados sin pleitos, toreros de gran coleta y corazón chico, banqueros sin banca, puntos, sin un punto ni en los calcetines, pobres, ricos, artistas, artesanos, pillos, imbéciles, timadores y timados, y en una palabra, Madrid entero, que se acostaba leyendo detalles del Proceso de la calle de Toledo y soñaba, unos con que eran la víctima y otros el verdugo y se levantaba buscando allá en el fondo del bolsillo de su pantalón ó de la faltriquera, oculta debajo de rojo ó amarillento refajo, una pieza de dos cuartos, módica cantidad por la cual los generosos periodistas, esos cíclopes de la edad presente, que levantan sólidas reputaciones de saber ó de virtud ó destruyen con un solo golpe de su poderosa piqueta, edificios grandiosos de virtud ó de saber, satisfacían la curiosidad de grandes y chicos ansiosos y calenturientos por saber cómo cayó la víctima, qué traje llevaba en el momento del crimen, qué había comido el presunto reo en el día anterior, cuántas puñaladas recibió la víctima y si todas ellas fueron inferidas con puñal de Albacete ó navaja jerezana, si el perro ladró ó no ladró, si estaba ó no anestesiado, si la víctima tenía costumbres buenas ó licenciosas, si vestía el supuesto asesino blusa azul ó chaqueta gris, y otros detalles más ó menos interesantes que provocaban al ser leídas luminosas discusiones sobre la participación en el crimen, de Velarde, ó de Benita, de Juan ó de Pedro. La noche había sido buena para las empresas periodísticas y para los vendedores de papeles públicos.

No quedaba un ejemplar de periódico alguno en manos de mujeres, chiquillos, ancianos, ciegos de ambos sexos, tullidos de ambas piernas, mancos diestros ó siniestros de los que se dedican á llevar á manos de los lectores los diarios que dan cuenta, ora del hecho heroico, ora del repugnante crimen, aquí del descubrimiento prodigioso, allá del descarrilamiento de un tren, ayer de la jura de un rey, mañana del asesinato del presidente de una república; y siempre de si tal personaje político dijo, pensó ó hizo tal cosa; dirá, pensará ó hará tal otra.

A eso de la una de la madrugada retirábase un vendedor por la calle de la Magdalena, acariciando los cuartos que en el bolsillo llevaba, producto de la venta del día, cuando le distrajo de tan grata tarea y le detuvo en su camino una voz que dijo:

– ¡Tuerto! ¿te marchabas sin darme el diario?

El así llamado volvió la cara, y fíjese bien el lector y verá que el apodo no se lo habían puesto á humo de pajas, sino por falta del ojo izquierdo.

– Sí señor, respondió el tuerto, *li estao á ustez* esperando en la Puerta del Sol y viendo que no venía, ya me marchaba *pa* casa.

– ¿Me has guardado el diario?

– Aquí está y eso que lo *i podío* vender, dijo el muchacho sacando «El Ideal» del bolsillo de un gran chaquetón que cubría una negra camisa, que á su vez cubría á trozos, y á trozos descubría unas carnes que la hacían parecer blanca.

– Dámelo, dijo el comprador, entregándole una moneda de dos cuartos y poniendo fin al diálogo con un:

– Hasta mañana, – frío y seco como el tiempo que reinaba, y hay que advertir que esto ocurrió en una noche de enero tan excesivamente fría que hasta el pensamiento se helaba.

El comprador de «El Ideal» juega un importantísimo papel en esta historia, cuento ó lo que sea, y por lo tanto debe el lector trabar conocimiento con él.

Ignacio Tordeón era el nombre y apellido que constaba en su cédula personal; treinta y dos años decía el papelucho oficial que contaba Ignacio, y hay que atenerse á la verdad legal; pero examinando al interesado, cualquiera, por poco conocedor que fuera, jurara y perjurara que los cuarenta años no los cumpliría ya, tan encanecido estaba su cabello, apagados sus ojos y macilento su rostro.

No constaban señas particulares en la cédula, mas como cerrando fuertemente los ojos de la cara y abriendo desmesuradamente los del alma podemos ver, los que me lean y yo, á Ignacio, examinémosle y describámosle para que le conozcan aquellos desdichados que padezcan ceguera de los ojos del espíritu.

Era Ignacio de estatura mediana, ojos muy hundidos, muy pequeños y muy azules; tanto que casi parecían blancos. Su barba casi rala tenía ese feo y antipático color rojo azafranado, que según dicen tuvo aquel que á Cristo vendió por treinta dineros; su cabello ya hemos dicho que era cano, casi blanco, la piel de su cara, ó por mejor decir el pellejo, pues por lo basto, duro y cruzado de arrugas aquello pellejo, que no piel era; tenía para mayor adorno, tanta abundancia de pecas, manchas, barros, excrescencias y otras preciosidades por el estilo, que ni era posible definir su color, ni colocar ligeramente la yema del dedo meñique de un recién nacido y encontrar un sitio terso. Ancha y chata la nariz, diminuta la boca y prominente el labio inferior, verdes y amarillentos los escasos dientes, corto cuello, pecho hundido, pero abultada la espalda en justa compensación, y algo patizambo, tal era el protagonista, el héroe novelesco que tengo el honor de ofrecer á mis lectoras.

La cara es el espejo del alma, dice un refrán, y gracias sean dadas al Señor que al fin me presenta ocasión, que calva y todo la agarro por un cabello, para demostrar que los refranes, refranes son siempre, pero verdaderos lo son, cuando lo son.

Feo, muy feo, pero de una fealdad tristísima eran, cara, manos, piernas, pies y todo lo que formaba el cuerpo de Ignacio, y en cambio su alma; pero ¿cómo voy á describir su alma? ¡Quién describe lo impalpable, aquello que ni se sabe lo que es! ¡Quién penetra en las regiones de lo espiritual! ¡Quién ni á bosquejar se atreve la imagen y semejanza de Dios, es decir algo que casi es Dios mismo, y sino, es al menos un soplo divino!

El alma es el alma, y sólo Dios sabe cómo es y sólo Dios juzga de sus virtudes ó pecados. Perdonó á la Magdalena y á la mujer adúltera y quizás haya condenado á alguno tenido y reverenciado como santo. Al hombre sólo le es dado juzgar del alma por los hechos externos, pero, ¿quién, ni á conjeturar se atreve, lo que en el alma se esconde?

El traje que cubría las flaquezas del cuerpo de Ignacio, á todas luces decía, que también en el bolsillo reinaban flaquezas y fealdades, que nada hace el espíritu más flaco y feo que la pobreza, esa hija del infierno y madre legítima de la envidia, la ira y tantos y tantos pecados.

Un sombrero que debió ser negro, sin cinta, pero grasiento, coronaba su cabeza con un par de alas que para sí hubiéralas querido Ícaro, un chaquetón inmenso de color verdoso encubría poniéndose de puntillas, es decir, alargándose cuanto podía, la ausencia de la camisa; un pantalón corto y tímido de genio, hasta el extremo de no atreverse á llegar hasta los pies, pero alegre como unas pascuas pues por todas partes reía, y por algunas que no veía el dueño, á carcajadas y no digo á casquete quitado, pero sí á pedazos quitados, y unas botas tan risueñas como el pantalón y pidiendo que su amo diera á sus desmayos un pisto de cerote y ramplones, como decía Quevedo; constituían todo el traje de nuestro hombre feo, pero pobre.

Guardó Ignacio el número del diario que había comprado, dió vueltas y más vueltas por las calles de Madrid y vino por fin á dar con sus huesos á una buñolería situada en la calle de Jacometrezo. Se sentó junto á una mesa que se hallaba en un rincón casi oscuro; pidió seis buñuelos y una copa de aguardiente que le fueron servidos, y sin probar los humeantes buñuelos ni la áspera bebida, sacó su diario y comenzó á leer por donde decía en grue-

os caracteres: «El Crimen de la calle de Toledo.» Leyó una columna y otra y otra después, sin que se trasluciera en su cara la menor señal de que le impresionara lo que leía.

De pronto dió un salto sobre la banqueta en que estaba sentado, levantó los codos que apoyados tenía sobre la mesa, llevó sus manos á la frente, cerró los ojos y volviendo á dejar caer los brazos sobre la mesa, quedó con la cabeza sostenida entre sus manos.

Así pasó cerca de tres horas, dormido para todo aquel que le hubiera visto, mas no para nosotros.

¿Qué pasaba en aquel cerebro? Una formidable tempestad.

Quizás, ni aun con todo el poder que la pluma concede pueda decir concretamente lo que aquel hombre pensaba, mas algo adivinaremos, que por algo tiene la pluma virtud de mágica varita.



PESCA EN LA PLAYA DE DOGGERBANK, cuadro de Clarke Hook, propiedad de David Price

En aquel cerebro formábanse con cierta incoherencia pensamientos como este:

– No; sería un crimen horrible...

– Es una locura..... Mas si no puedo ahuyentar esta idea... ¿No lo había decidido? pues entonces ¿por qué dudo?

– ¡Mi hijo! pobre hijo mío; no verle más, deshonrarle... ¡Ay! pero así no morirá de hambre... El, por salvar su vida accederá. Pero ¡y la madre! me maldecirá desde el cielo.

No; que era madre, y aun si viviera le perdonaría, y se dejara matar mil veces, por darle otra vez la vida que ya le dió con los dolores de sus entrañas...

Dieron las siete de la mañana. Alzó Ignacio la cabeza, recogió el diario que había caído en el suelo y volvió á leer lo que sigue:

«De las últimas pruebas practicadas resulta casi probado que Eusebio Velarde es el asesino de su madre.»

Dobló el diario, pagó el gasto, que no había hecho, pues allí quedaban los buñuelos y el aguardiente, y salió de la buñolería diciendo entre dientes:

– Sí; lo mismo me da de un modo que de otro.

El deber y la necesidad lo exigen. Por mi hijo y por aquella santa mujer confesaré.

Pero y la deshonra del pobre niño...

¡Ah!... yo la evitaré, dijo en voz alta y dando un grito que asustó á un barrendero de la villa que se hallaba entonces en funciones.

Al pensar esto, dibujóse en la feísima cara de Ignacio una sonrisa tan extraña, que créaseme bajo mi palabra honrada, por un momento pareció Ignacio más hermoso que un arcángel.

Con paso precipitado deshizo el camino andado, llegó á la calle de Magdalena donde pocas horas hace que le conocimos, entró en la del Ave María y tan ligero andaba que no me fué posible seguirle; sin duda se perdió por entre aquellas callejas tortuosas, oscuras y sucias de los barrios bajos.

II

Si quiere el lector volver á encontrar á Ignacio, véngase conmigo á la Puerta del Sol, suba para no cansarse en un coche del tranvía que conduce á la Cárcel Modelo, lea la máxima escrita en la puerta: «Odia el delito y compadece al delincuente» y sin echarla en olvido ni por un momento, entre conmigo en aquella casa de corrección, y no pase cuidado alguno, que saldrá de ella cuando guste.

Llegamos á una hora que no es de visitas, pero no importa; sea que los empleados estén distraídos, ó que mi afán por servir al lector es tan grande que me he procurado el bastón de Balzac que nos hace invisibles, el caso es que entramos, recorremos pasillos, burlamos centinelas, descorremos cerrojos y hétenos ya en la celda número 17.

Sentado sobre el camastro está Ignacio.

¿Qué delito le ha llevado allí?

Cinco días después de aquel en que le conocimos fué preso.

Y hora es ya de que expliquemos qué crimen había sido éste. No se imagine nadie que se trata de algo extraordinario desde el punto de vista de la criminalidad.

Repugnante y horrible fué, pero vulgar.

Una noche apareció cosida á puñaladas una señora llamada Petra Velarde. Su cadáver presentaba señales de que los asesinos habían querido borrar las huellas del crimen, quemándolo.

Encerrada con el cadáver se halló á la que había sido su criada Benita Terrero.

Por circunstancias y antecedentes que no hace al caso referir, la voz del pueblo que según el refrán latino, es *vox Dei*, señaló como autor del crimen al hijo de la víctima y como cómplice á la Benita Terrero.

Por una vez el pueblo se equivocó.

Eusebio Velarde y Benita Terrero ya no están en la cárcel.

El único autor del crimen es Ignacio.

¿Cómo había averiguado la verdad la justicia?

Por una casualidad providencial.

Eusebio y Benita acusados negaban siempre, Benita acusaba á un hombre mal fachado de mediana estatura y barba rubia, quien entró en la casa, mató á su señora, apoderóse de gran cantidad de dinero y alhajas, dióle á ella un fuerte golpe que la hizo perder el sentido y no sabía más, según decía.

La declaración de Benita no fué creída. Muchos indicios la acusaban y acusaban á Eusebio, tanto que como en «El Ideal» leyó Ignacio, la justicia consideraba ya casi probado, que ellos eran los autores.

¡Oh! justicia humana y cuán falible serías en tus juicios si la Providencia no viniera en tu ayuda! Mas afortunadamente en aquella ocasión la Providencia ayudó.

Sabíase que el móvil del crimen había sido el robo y constaba que los asesinos se habían llevado muchas alhajas, que por ninguna parte parecían.

Una tarde cuando más despierta estaba la curiosidad del pueblo de Madrid por el célebre crimen, presentóse un hombre mal fachado en una platería, y vendió un guardapelo con las iniciales P. V. grabadas en una de sus caras.

El platero, hombre de poca conciencia, compró la joya que por cierto era modestísima, por menos de la tercera parte de su valor, pero dudó antes de adquirirla, pues el aspecto del vendedor le inspiraba sospechas sobre la procedencia del guardapelo.

La noche de aquella tarde el vendedor de la alhajita fué sorprendido en el momento de introducir la mano en el bolsillo del chaleco de un caballero, con ánimo de hurtarle el reloj.

Llevado al Juzgado Ignacio, que este era el vendedor y el ratero, fué registrado y empleando para ello la fuerza, le sacaron de los bolsillos cuatro duros y una carta en la que se hablaba de haber enviado ciertas alhajas y dinero á Argel y de haber tenido necesidad de vender un guardapelo.

Pidiéronle explicaciones que no dió, pero acosado al fin, incurrió en muchas contradicciones que infundieron sospechas de que no era extraño aquel hombre al crimen de la calle de Toledo.

Refirieron los diarios el suceso al siguiente día. A las pocas horas presentóse en el Juzgado el platero que adquirió el guardapelo, diciendo que un hombre cuyas señas coincidían con las del preso, había vendido en su casa un guardapelo con las iniciales P. V. Petra Velarde, nombre y apellido de la señora asesinada.

Probóse que aquel guardapelo había pertenecido á la víctima. Los porteros de la casa del crimen declararon haber visto entrar á Ignacio pocos días antes.

Benita Terrero le reconoció y por fin todo se descubrió.

Ignacio confesó al fin, ser él el único autor del hecho.

Compadeció el pueblo á Eusebio y á Benita, á quienes había execrado y odió después á Ignacio.

Celebróse el juicio y el que había confesado ser el asesino, fué condenado á pena capital, porque la justicia humana quedó plenamente convencida de su culpabilidad, no sólo por su confesión, sino por otras muchas pruebas.

III

Como en otros tiempos se disponía el pueblo de Madrid á llenar la plaza Mayor para presenciar los autos de fe, disponíase también á rodear la Cárcel Modelo, para presenciar la ejecución de la pena capital en la persona de Ignacio Tordeón.

Dos días antes de aquel en que tanto iban á emocionarse los aficionados al espectáculo de la muerte de un hombre en garrote vil, Eusebio Velarde, el hijo de la víctima, había tenido una larga conferencia con el asesino de su madre.

La justicia había consentido en ello porque el asesino había dicho, que sólo á Eusebio confiaría el sitio en que estaban las alhajas y el dinero robado, si es que el hijo de su víctima le perdonaba.

El generoso hijo le concedió el perdón.

Averiguóse el paradero de las alhajas y todo terminó.

Llegó el día de la ejecución de la pena.

Ignacio subió al tablado con una tranquilidad que fué calificada de cínica.

El pueblo rugía, sonreía Ignacio.

Al sentarse en el banquillo, dijo el reo alzando los ojos al cielo: – ¡Perdonadme, Señor, y perdonadles también á ellos!

Dió el verdugo la vuelta al tornillo y... la justicia se hizo.

IV

Transcurrieron catorce años.

Eusebio Velarde olvidó pronto la desgraciada muerte de su madre.

Heredó una cuantiosa fortuna y dióse á disiparla en el juego y con mujeres fáciles.

Una noche, apareció muerto de un tiro en la cabeza, á la puerta de una casa de no muy buena fama.

Quizá pasó al otro mundo sin darse cuenta siquiera, pues según se dijo, él y el agresor estaban, en el momento de la pendencia, bajo la influencia del alcohol.

Ignacio, aquel que murió en garrote vil, dejó en el mundo un hijo que contaba dos años de edad, cuando su padre sufrió muerte afrentosa.

Por disposición del padre fué el niño, que hallábase en poder de una nodriza, puesto bajo el amparo de un lejano pariente, quien á los pocos días de conocer el testamento de Ignacio y antes de recibir al niño de manos del sacerdote que auxilió en la capilla al padre criminal, recibió una carta anónima en la que se le decía que en el Banco de España hallábanse depositados doce mil duros á nombre del niño y que él, que era el tutor, podría cobrar la renta de dicho capital. Decíasele también que en casa de un notario había un pliego depositado que debería entregarse al niño, cuando éste presentara la partida de defunción de Eusebio Velarde.

Diez y seis años tenía el hijo de Ignacio cuando Eusebio Velarde fué muerto. Su tutor cumpliendo cuanto en la carta se le recomendaba recogió el pliego depositado en casa del notario.

El hijo de Ignacio ignoraba la muerte que sufrió su padre, cuando su tutor puso aquel pliego en sus manos. Lo abrió con gran emoción y leyó lo que sigue:

«Hijo: si cuando llegue este papel á tus manos ignoras que tu padre murió en un patíbulo, cree que Dios ha perdonado mi crimen. Mi crimen, sí, pero ¡ay desgraciado de mí, si ni por un solo momento imaginas que fuí asesino y ladrón!

Oye cuál fué mi crimen.

Tenías dos años y tu nodriza, á quien yo, porque era pobre, muy pobre, no había pagado hacía cinco meses, me amenazó con echarte al arroyo si no la pagaba y te recogía.

Yo estaba enfermo, me habían echado de la casa de comercio en que llevaba la correspondencia, y aunque busqué trabajo, no lo encontré; mi pulso temblaba y mis ojos estaban casi á oscuras.

Durante algún tiempo viví socorrido por D.ª Petra Velarde, quien con su inagotable caridad fué la única persona que hizo, mientras vivió, que ni tú ni yo muriéramos de hambre.

Doña Petra Velarde murió asesinada. Mi situación llegó á ser desesperada.

Pensé en llevarte al hospicio, pero allí no te admitían; no eras huérfano de padre y según la ley, yo casi ciego y casi imposibilitado de los brazos, podía trabajar para mantenerte.

Mi hijo, pensé, va á morir de hambre porque no es huérfano, pues que lo sea y viva. Y la idea del suicidio clavóse en mi frente.

Llegó la justicia á sospechar que el asesino de doña Petra Velarde era su propio hijo. Adquirí yo el convencimiento de que aquellas sospechas eran ciertas, y pensando en que la pobre madre se dejaría arrancar cien veces el corazón, antes que ver morir á su hijo en el patíbulo, dije, porque ella salvó á mi hijo inocente, salvaré yo á su hijo infame y culpable del delito de parricidio.

Medité el plan, que ejecuté como un cómico admirable, y heme ahora que esto escribo, convicto y confeso del delito de asesinato en la persona de doña Petra.

Aquel plan debía librarte de la miseria y te libró.

Para salvar á Eusebio Velarde de la pena de muerte le exigí que depositara doce mil duros, con cuya renta tú no morirás de hambre, pero que deberás entregar á los herederos de Eusebio, cuando por tí puedas ganar tu subsistencia, ó los entregarás á los pobres.

Hazlo así, tu padre te lo ruega.

Muero, pero muero tranquilo. En la tierra tú rogarás por mí; en el cielo doña Petra pedirá á Dios el perdón de mi pecado.

Pienso en todo antes de morir, no te dejo un nombre deshonrado. Con este papel va una declaración de Eusebio Velarde, confesándose autor de la muerte de su madre. Puedes publicarla pues no leerás esta mi triste historia sino hasta después de la muerte de Eusebio.

¡Adios, hijo mío! Puedo decir, cosa extraña, que me *suicido* por mano del verdugo.

Sé que el suicidio es un crimen y le cometo, ¿crees tú que Dios perdonará mi horrendo delito?»

RICARDO REVENGA



LA PESCA DE ARENQUES, cuadro de Clarke Hook, propiedad de Jorge Gurney

---

LOS VENEZOLANOS (1)

Los usos y costumbres de una nación son indudablemente el resultado de las influencias que tienen sobre el hombre el clima, las producciones de la naturaleza, la situación geográfica, las leyes, los gobiernos, y las relaciones con los demás habitantes de la tierra.

Así vemos las tres zonas en que naturalmente está dividida Venezuela, pobladas de gentes cuyos usos y costumbres difieren bastante entre sí.

En la zona agrícola, el hombre vive al abrigo de suaves climas; los feraces terrenos que posee, le dan tempranas y abundantes cosechas; escasa industria le basta á recoger cuantioso producto de las plantas generosas que prosperan en sus vírgenes comarcas, sin el trabajo de sus manos; y más que los otros habitantes del país, puede estar en roce con los extranjeros que vienen á Venezuela.

A esta reunión de favorables circunstancias, es á lo que se debe el que la mayoría de la población habite esta hermosa parte del territorio de la República. En ella se hallan las principales ciudades y casi todas las industrias que dan vida al comercio interior y exterior.

Los hijos de estas regiones gustan de la sociedad; y así, se les ve plantar sus chozas cerca de las de sus vecinos en lugares convenientes, tanto para atender á sus plantaciones ó estar cerca del lugar de su trabajo, como para prestarse mutuo auxilio en caso de necesidad, y reunirse los días feriados á bailar y divertirse al compás de sus guitarras y *maracas*. Se nota en ellos alguna falta de apego al trabajo, cosa que se comprende al considerar la facilidad con que adquieren la subsistencia. Son muy amigos de diversiones y les encanta la música, que, como dice Baralt, es «afición y embeleso del venezolano.» Son crédulos, hospitalarios, valerosos, de clara inteligencia, y muy fáciles de impresionar por medio de la palabra; de suerte que casi todos los trastornos políticos que después de la independencia han azotado á Venezuela, han tenido su base en la región agrícola del país, debido esto sin duda á la influencia ejercida sobre ellos por los hombres que han proclamado en el país doctrinas diversas.

En los centros de población se conservan las costumbres de los antiguos colonizadores, con algunas modificaciones que necesariamente ha introducido el constante trato con los extranjeros y sobre todo el cambio de las instituciones despóticas y degradantes de la colonia, por las sabias leyes que inspira la libertad. Bajo la dominación española era el pueblo absolutamente pobre, fanáti-

(1) Artículo tomado de la obra *Españoles Americanos y Lusitanos*, obra publicada por D. Juan Pons en 1881, cuya segunda edición ilustrada con cromos, se ha puesto á la venta.

PATOS MARINOS, cuadro de Clarke Hook, propiedad de Henry Jenkins



EL EMPERADOR GUILLERMO I, VICTORIOSO NDADOR DEL IMPERIO ALEMAN, CUADRO DE FERNANDO KELLER

co, y más que esto, ignorante; las altas clases de la sociedad, supersticiosas, llenas de vanidad y sin instrucción alguna; apenas uno que otro virtuoso varón se dedicaba al estudio, y miraba con desdén los títulos y miserias en que ponían todas sus aspiraciones aquellas desdichadas gentes. Hoy, no obstante las sangrientas y desastrosas luchas que ha soportado Venezuela, el pueblo tiene ideas generales de las cosas, aspira á instruirse, y acaso es uno de los menos fanáticos de América.

La alta sociedad no tiene hoy que envidiar en su cultura á la de los países más adelantados: la finura de sus maneras, la franqueza de su trato y la cumplida caballerosidad y gentileza que presiden á todos sus procederes, hacen de ella el encanto de los extranjeros que la frecuentan, y la admiración de los viajeros.



EL BAÑO DE LOS DESHOLLINADORES, cuadro de James Clarke, propiedad de Holbrook Gaskell

Pero hay algo que es más honroso que todo esto para los habitantes de esta zona, y es el espíritu filantrópico que se descubre en toda clase de gentes. Inclinados por naturaleza á la práctica del bien, son caritativos, generosos, y miran como un deber ofrecer sincera hospitalidad á quien la ha menester. En los viajes que hemos tenido ocasión de hacer por las principales poblaciones, ¡cuántas veces hemos admirado prácticas sublimes inspiradas por tan bellas cualidades! Estando en Ciudad de Cura, vimos caer de su caballo á un viajero, arrojando sangre por la boca; pocos instantes después estaba rodeado de numerosas personas del vecindario, que se disputaban el gusto de ponerle á su cuidado. Llevóle al fin á su casa aquel que podía ofrecerle más comodidades, y allí fué colmado de atenciones aquel desconocido, durante tres meses, como si fuera uno de los miembros de la familia.

En Valencia se enfermó gravemente uno de los amigos con quienes habíamos ido á aquella ciudad. Apenas llevábamos allí seis días, y todas nuestras relaciones estaban reducidas á la señora de la casa en que nos habíamos alojado; mas, sabido por los vecinos lo que pasaba, vinieron á ofrecernos sus servicios, y no contentos con esto, acudieron á la habitación del enfermo, y ayudaron eficazmente á la bondadosa dueña de la casa, que trataba de que nada faltase á nuestro amigo.

Quisiéramos citar aquí muchos otros casos como estos que hemos presenciado; pero siendo para ello estrecho el espacio de que podemos disponer, nos abstenemos de hacerlo.

En tiempo del coloniaje y aun algunos años después, tratábase á los jóvenes con suma dureza y barbaridad en las escuelas, colegios y aun en la casa paterna. Basados los padres y preceptores en aquel funesto adagio de que *la letra con sangre entra*, castigaban con azotes y con palos las faltas de la juventud, y llegaba esta barbaridad á ejercerse hasta en mozos de veinte y más años. Cuáles fuesen los frutos de semejante tratamiento, no hay para qué decirlo. Pero al fin, la libertad, «alma de lo bueno, de lo bello y de lo grande,» brilló al cabo sobre la patria nuestra; y á su benéfica luz han desaparecido aquellos menguados hábitos de la esclavitud.

¡Cuán grande y generosa debió de ser aquella generación de héroes, que, á pesar de haber crecido bajo tan funestas prácticas, pudo tener la virtud y constancia necesarias para redimir la patria de la más afrentosa servidumbre, y que sacándola oscura y ensangrentada, de manos de sus terribles dominadores, nos la legó libre, gloriosa y llena de las más bellas esperanzas!

Antes amaba el hijo á su padre como á una especie de deidad amenazante, y casi puede decirse que sólo le temía; hoy le profesa respeto y entrañable amor. Nunca, en aquellos días del pasado, se hubiera atrevido un joven á manifestar á sus padres los secretos de su corazón; había de buscar entre sus amigos, persona en quien depositar sus íntimos sentimientos, y á quien pedir consejo en los trances peligrosos en que á veces se empeña la incauta juventud.

Afortunadamente esto ha desaparecido, y al presente los padres son los mejores amigos de sus hijos, y casi siempre sus más íntimos consejeros; reinan sobre ellos por el dulce imperio del amor, y cuando se ven en la dura necesidad de castigarlos, tratan de evitar toda pena corporal desde que el niño ha entrado en el uso de la razón; comprendiendo muy bien que no se inspiran sentimientos delicados, ni se inclina al cumplimiento del deber por medio de la dureza del castigo, sino despertando en los tiernos corazones aquellas ideas de dignidad y de

VARANDO EL BOTE, cuadro de Clarke Hook, propiedad de David Price

decoro, que son la más sólida base de la rectitud de la razón.

En el pueblo inculto, aun se hace uso de los azotes para castigar á los hijos, pero no con frecuencia; y se nota afortunadamente que esta odiosa costumbre va desapareciendo.

En los colegios particulares se conserva todavía el uso de la palmeta, pero no se aplica generalmente sino á los niños de ocho á doce años. También se observa una decidida tendencia á extinguir esta especie de castigo, y es de esperar que dentro de pocos años ya no exista.

Los que habitan las llanuras son muy diferentes en todos sus hábitos. El clima abrasador en que viven, la lucha constante que sostienen con los elementos y las fieras, y las largas marchas que hacen desde muy temprana edad por las desiertas pampas, ya á pie, ya á caballo, les dan una fuerza muscular prodigiosa y una destreza y agilidad extraordinarias.

Hijo del cruzamiento de las razas española, indígena y africana, el *llanero* es de tez morena, de regular estatura, delgado y de una musculatura muy bien desarrollada. El es, como ha dicho el señor J. M. Samper, «el lazo de unión entre la civilización y la barbarie, entre la ley que sujeta y la libertad sin freno moral; entre la sociedad con todas sus trabas convencionales más ó menos artificiales, y la soledad imponente de los desiertos donde sólo impera la naturaleza con su inmortal grandeza y su solemne majestad.»

El *llanero* es enemigo de residir en las ciudades; cuando se halla en ellas se juzga aprisionado. Sólo le es grato vivir en sus desiertos, gozando de aquella grandiosa perspectiva que ofrecen las interminables llanuras cubiertas de gramíneas gigantescas. Amante de la soledad, construye su choza á orillas de los ríos ó de los caños, donde, con solemne pompa, alzan innumerables palmeras su magnífico follaje. Su compañero inseparable es el caballo: tómalo al atajo en las sabanas desde potro, lo doma con arte peregrina, y enseñándole á secundar todos sus esfuerzos en la terrible lucha que constantemente sostiene con las fieras, lo hace su verdadero amigo en el desierto.

Pobre en extremo, no siempre tiene los necesarios aparejos; así, se le ve á veces saltar sobre su caballo en pelo, y atravesar las llanuras á todo escape, enlazando con suma precisión toros corpulentos y bravíos, ó derribándolos por la cola. Otras, se lanza en las ciénagas, en los caños ó en los ríos caudalosos y los atraviesa á nado, defendiéndose con gran destreza y artificio del enjambre de caimanes y peligrosos cocodrilos que pueblan aquellas aguas. Sin embargo, en muchas ocasiones arrostra el *llanero* todo linaje de peligros aun sin la compañía de su caballo, sin más ayuda que su astucia y su vigorosa constitución; y teniendo por únicas armas una lanza, un sable ó un cuchillo, triunfa de los feroces tigres que amenazan constantemente los ganados; y aun sin arma de ninguna especie aguarda tranquilamente la acometida del más bravo toro, y haciendo uso de su *cobija* «lo capea con singular donaire y brío.»

Tal género de vida hace que el *llanero* sea por demás astuto y cauteloso, enemigo de toda sujeción y servidumbre.

«Ama, como su verdadera y única patria, las llanuras. A ellas se acostumbra fácilmente el habitador de montañas, pero fuera de ellas sus hijos hallan estrecha la tierra, el agua desabrida, triste el cielo.»

«Injustamente se le ha comparado en todo con los beduínos. El *llanero* jamás hace traición al que en él se confía, ni carece de fe y honor como aquellos bandidos del desierto; debajo de su techo recibe hospitalidad el viajero, y ordinariamente se le ve rechazar con noble orgullo el precio de un servicio. No puede decirse de él que sea generoso; mas nunca por amor al dinero se le ha visto prostituirse, como raza proscrita, á villanos oficios.» (1)

No es como muchos han querido pintarle, feroz en sus venganzas, ni desprovisto de toda piedad para con sus enemigos. Por naturaleza intrépido y lleno de un espíritu belicoso, es temible en la contienda, pero sabe perdonar á los rendidos. Si alguna vez comete con ellos actos de crueldad, débelo, no á su propia inclinación, sino á la influencia que sobre él ejerza algún caudillo sanguinario. En su corazón afianza sus raíces la gratitud, como una planta bendita; y así vésele consagrar con todo desprendimiento, á ser útil en lo posible á su bienhechor. «Como creyente, nace, vive y muere á su modo, sin cuidarse del cura ni del sacristán;» (2) y como ciudadano, mira con indiferencia las leyes, desprecia al que no puede soportar una vida como la suya; pero cuando llega la hora en que oye la voz de la libertad que le llama á sus filas, siempre le halla listo para sacrificarse por ella.

Sus costumbres y trabajos le hacen el soldado aguerrido de las llanuras. «Prácticos del terreno y la movilidad que les proporciona su ligero equipaje, los hombres de los llanos no pueden ser vencidos sino por hombres de los llanos, y Venezuela tiene en aquellas inmensas sabanas y en el pecho de sus valerosos hijos el más firme baluarte de la independencia nacional.» (3)

Y ¡cosa admirable! A todas estas condiciones une el *llanero* la de ser poeta, músico y gracioso galanteador de la mujer.

A veces se le ve á la pálida luz de la luna y bajo alguna erguida palma, entonando peregrinas trovas al compás de su guitarra; otras, bajo su choza y en medio de sus *joropos* y *fandangos*, improvisa al son de su bandola, con admirable gracia y facilidad, largos romances ó chistosas coplas. Cuando marcha conduciendo los ganados, entona un canto dulce y melancólico que parece una tierna queja ó un lánguido suspiro, con el cual los guía por aquellas inmensas soledades. Diríase al ver la poderosa influencia que ejerce por este medio sobre su rebaño, que hay en la armonía de su voz algo de mágico.

Tal es el *llanero;* tipo original que reune á la vez las costumbres tártaras y árabes, y los sentimientos dignos que exigen la hospitalidad, la gratitud, el desprendimiento y el patriotismo.

En la zona de los bosques, el suelo agreste é inculto, cubierto de impenetrables selvas donde apenas se oye el rugido de las fieras, el silbido de los vientos, el murmurio de los torrentes ó el variado canto de las aves, tiene una gran semejanza con el hombre que la habita. Rudo é inculto, vive de la pesca, de la caza ó de las frutas silvestres que le ofrecen las vírgenes comarcas en que mora; y sin cuidados que le angustien, «pasa la vida dormitando al dulce murmurio de sus palmas.»

Unos construyen sus propias chozas á orillas de los ríos y bajo la magnífica arboleda que las cubre; otros forman pequeños pueblecillos en apartados y deliciosos lugares, y se entretienen tejiendo *chinchorros* y hamacas que adornan elegantemente con ricas plumas de variados colores; otros, en fin, viven errantes en selvas desconocidas.

Los *guaharibos*, blancos de color y pequeños de estatura, moran en la fértil región donde tiene sus vertientes el caudaloso Orinoco. Los *piaroas*, *macos*, *mapoyes* y otros de condición apacible y amigos de la agricultura, viven tranquilamente en las selvas del Sipapo, del Cuchivero, del Padamo y del Ventuari y otros, construyendo sus chozas, en aquella comarca verdaderamente privilegiada, en donde á la naturaleza le plugo establecer el sistema de aguas negras que no crían ningún insecto.

Los *guaicas*, también blancos, viven sobre el Ocamo, Matacuna y Manaviche; célebres por el uso del *curare*, y enemigos acérrimos de los *guaharibos*.

Tribus errantes habitan las márgenes del Caroni y el Caima, sin que tengan otros medios de subsistencia que la pesca, la caza ó las frutas silvestres. Otras se hallan diseminadas entre la sierra Imaca y el Cuyuní; y allá, en el pantanoso delta del Orinoco, vive la nación *guarauna*, amiga del comercio y que comienza ya á reunirse en pequeños pueblos.

Numerosas tribus se hallan diseminadas á las orillas de los ríos y en medio de las selvas.

Lástima es que los gobiernos que ha tenido hasta hoy Venezuela, hayan descuidado completamente la digna obra de civilizar por medios eficaces á esta parte de los habitantes de la República. Esos seres desdichados, cuya suerte se ha visto con tal indiferencia, reliquia verdadera de los antiguos poseedores de nuestro fecundo suelo, ¿son acaso indignos de que hagamos de ellos miembros útiles á la sociedad, ó creemos que deben civilizarse por sí mismos ó con el solo influjo que sobre ellos pueda ejercer uno que otro viajero que se interna en aquellas soledades?

En los años que tiene Venezuela de haberse constituído en nación independiente, acaso ha venido á la mente de los gobernantes la idea justa de propender á la civilización de los bárbaros que aun habitan parte del país, como una esperanza bella, pero irrealizable.

¡Gloriosa administración aquella bajo cuyos auspicios se lleve á cabo la civilización de esos indígenas, vistos hasta hoy, para mal de la patria, con tanto abandono! Las generaciones venideras bendecirán su nombre con religiosa gratitud y tal obra será considerada para nuestra patria como una segunda y no menos gloriosa emancipación.

MIGUEL TEJERA

(1) Baralt y Díaz, Resumen de la historia de Venezuela
(2) J. M. Samper.
(3) Codazzi, Geografía de Venezuela.

CABALLERO 1.°

El artista nace, lo mismo en el aristocrático salón que en el oscuro portal, donde tiene establecido su taller el consecuente profesor en obra prima.

El genio artístico bulle y hormiguea en el cerebro del joven, bien sea ilustrado ó ya silvestre.

La muchedumbre no sabe apreciar el mérito, cuando el que le posee no se encarga de revelarle, por su propia cuenta.

La ignorancia y la envidia procuran ocultar el talento ajeno.

Pero con el talento ocurre lo mismo que con la virtud: triunfan casi siempre.

He conocido varios casos.

Artistas en borrador que se han elevado desde posiciones sociales ínfimas.

Uno de ellos fué un chico zapatero que sentía arder en su pecho la llama del arte.

Porque hemos convenido en que el Arte dramático se inicie con llamas como la tortilla al rom.

Así como las letras han de vivir siempre en república, pero sin presidente, para no verse obligados los literatos á respetar á uno, como superior en talento.

Dagoberto, nombre que adoptó el oficial de zapatero por parecerle más poético que el de Canuto, que le habían aplicado al bautizarle, soñaba despierto.

¡Cuántas veces imaginó que el tirapié era el cetro de la tragedia, y la lezna «El puñal del Godo» ó de cualquier otro personaje dramático notable!

Cuando el maestro le preguntaba, por ejemplo:

– ¿Has puesto ya las medias suelas al carbonero?

Dagoberto respondía, supongamos:

– ¡Cuántas como esas, tan puras
á diversas criaturas
equivocado apliqué!

– ¿Y el remiendo á la criada del tercero?

– Y se ha hundido el firmamento
y han temblado las esferas.

El maestro miraba á Dagoberto con cierta mezcla de respeto y de temor.

– Yo no sé – pensaba, aunque poco – sí este muchacho es un sábio de nacimiento ó si está «de aquí.»

Dagoberto no faltaba al teatro: todas las noches iba á ver á Vico ó á Mario.

Pero sus simpatías eran para el género dramático.

– ¿Y cómo te arreglas para entrar en los teatros? – le preguntaba, con mal contenida emulación el maestro.

– En uno, porque he conseguido pase como de la claque, por un amigo que está de escribiente en una alcaldía y al mismo tiempo, jefe de los alabarderos.

– ¿Y se trata contigo?

– ¿Y por qué no? ¿Acaso no somos todos ciudadanos artistas?

– ¿Artista un jefe de?...

– Si es de los alabarderos de un teatro; de los que aplaudimos.

– ¡Ya!

– En otro teatro, en el de don Antonio, trabajo algunas veces.

– ¿Que trabajas?

– Pues ya lo creo: esta noche misma: ya llevamos veinte representaciones de esta obra.

– Pero, hombre, ¿tú qué has de trabajar?

– ¡Ave María! Si no me ha visto V. ya en la Yedra y en otros teatros.

– Sí, pero una cosa es hacer comedias en sociedad y otra en un público. ¿Y no habías dicho que trabajabas?

– El joven artista se encogió de hombros, como significando:

– Estoy tan acostumbrado á la gloria, que no pienso en ella siquiera.

– ¿Y qué papel haces?

– Pues el «caballero primero.»

– Pero... vamos que esta noche vamos á ir á verte la maestra y yo: ¿nos darás billetes?

– Pediré dos entradas al representante, y si me las da...

El maestro zapatero no volvía en sí, pero en esta ocasión no era por causa del exceso de vino consumido, sino por el asombro.

La maestra le decía:

– ¿Tú crees que todos son tan brutos como tú? Pues no lo sospeches: cualquiera hace más suerte que tú: y le verás en una oficina del Gobierno ó en un establecimiento público, ganando dinero.

Esta suavidad de apreciaciones de su esposa inspiró al maestro sin número de consideraciones sociales.

Deseaba el matrimonio de obra prima que llegara la noche para ver á Dagoberto.

Este les había dicho:

– Esperan Vds. delante de la taberna de los pájaros.

Es un establecimiento *vineario*, en cuyo escaparate se vé una pirámide de pájaros fritos: empapantes para el mosto y tentación de los beodos.

Parece un montón de sietemesinos con frac.

– ¿A qué hora?

– A las siete: la función empieza á las ocho.

Ni los cónyuges de obra prima ni Dagoberto faltaron á la cita.

Empezó el drama y el maestro preguntaba á su esposa, cada vez que se presentaba un actor en escena:

– ¿Es ese?

– Hombre si es la dama, – respondía la zapatera.

O:

– Ese es el padre, un hombre con todo el pelo blanco.

A lo que replicaba el maestro:

– En el teatro no te fíes de las aparencias.

– ¡Dale! si conoceré yo al chico...

Llegó el tercer acto.

En una de las escenas aparecían caballeros de la época, negreros, soldados, juglares, escribanos, y pueblo, todo de ambos sexos.

Allí hablaba el galan de un caballero llegado la víspera á la Corte y al cual amenazaba un conflicto gordo: la muerte.

Estando en esto se oía dentro una voz que decía:

– ¡Ah! ¡muerto soy!

Terminó la representación y el matrimonio de obra prima salió del teatro nada satisfecho.

– Sí, ya decía yo que era un embustero ese chico, – opinaba el maestro.

– Nos la ha dao – afirmaba la maestra.

En esto se les presentó Dagoberto, que los esperaba para convidarlos al café, en celebridad de ser aquella la



COPISTAS EN EL LOUVRE DE PARIS, dibujo de Dudley Hardy

primera noche en que no se había equivocado en su papel, ni oyó silbidos en el público.

– ¿Qué tal? – preguntó.

– Esos papeles también los hago yo, – dijo el maestro. .. ¿Qué? ¿no me han reconocido ustedes?

– No era fácil; como que no has salido al teatro, ni has hecho papel, ni...

– ¿Qué no?

– ¿Quieres divertirte con nosotros?

– ¿No han oído Vds. aquel caballero que grita: ¡Ay! estoy muerto!... digo, no; ya lo he dicho mal como todas las noches: «¡Ah! ¡muerto soy!»

– ¿Eh?

– Pues aquél era yo: el *Caballero* 1.° y en otra que estamos ensayando, que se titula *El perro de Francisco I...* hago...

– Sí, ya me lo figuro: ¿el perro?

– Es el protagonista.

Eduardo de Palacio





Fig. 1. – *Silvador* del Perú

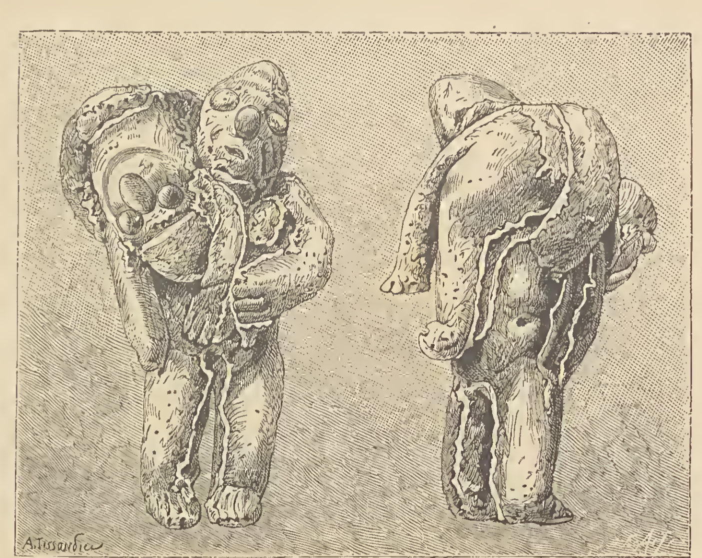


Fig. 2. – Barro de Bolivia, de frente y de perfil

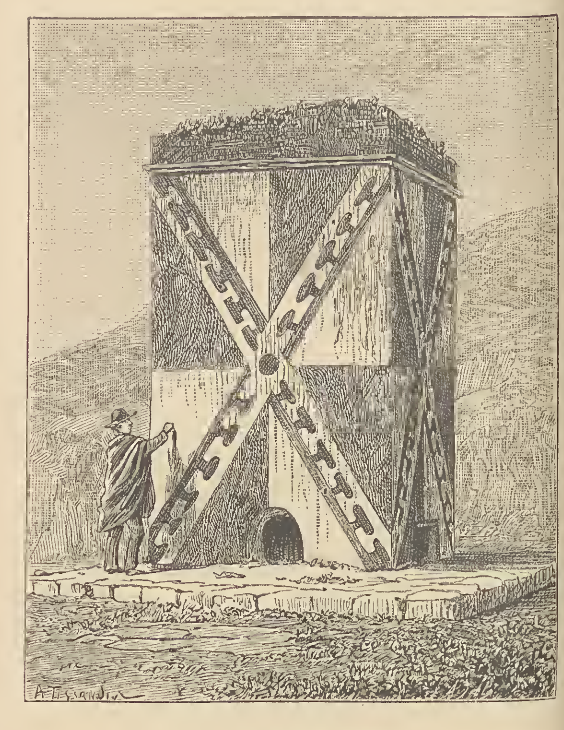


Fig. 3. – *Chulpa* de Bolivia

LOS BARROS COCIDOS

del Museo de Caracas, (Venezuela)

La América es el país clásico de la alfarería de la que aparecen innumerables restos en todas las regiones bañadas por el Atlántico y por el Pacífico. Hállasele en los *mounds* del Arizona y de Nuevo Méjico, en las antiguas sepulturas de California, en los *huacas* del Perú. En todas partes presentan entre sí gran semejanza y con su originalidad de formas demuestran la existencia de un arte indígena sin relación alguna con el arte de nuestros antiguos continentes.

De algunos años á esta parte, los americanos comprendiendo la importancia de estos testigos mudos de pasadas edades, se han dado á formar colecciones y á organizar museos, de entre los cuales merece especial mención el que bajo la sabia dirección del doctor Ernst existe en la capital de Venezuela. He aquí algunos de sus más importantes ejemplares que en los grabados reproducimos:

El *silvador* (fig. 1), doble vaso que al llenarse deja oir un silvido producido por el aire que se escapa: fué encontrado en un sepulcro cerca de Ayacucho, siendo muy probable que los peruanos se sirvieran de esta clase de vasos para sus ceremonias religiosas ó funerarias. En el rostro humano que representa llaman la atención el peinado, copia quizás del que entonces llevaban las mujeres, y la frente deformada artificialmente según usanza tan generalizada así en el Norte como en el Sud del continente americano, y que la mayoría de los indígenas conservaron aun después de la conquista llevada á cabo por los españoles.

Las *chulpas*, (fig. 3) que en extraordinario número se encuentran en Bolivia y en todo el Callao, son torres unas veces redondas otras cuadradas, formadas por un montón de piedras y de arcilla, y revestidas exteriormente de un paramento de grandes bloques, traquita ó de basalto y de una capa estucada y pintada de blanco y rojo formando variados dibujos. En el centro de estas moles, cuya puerta de entrada apenas pasaba de 18 pulgadas cuadradas, guardábase una caja en la cual se depositaban los huesos humanos después de haberlos despojado de la carne. Estas chulpas, que en grupos de veinte á ciento aparecen en los flancos de las montañas y sobre los peñascos aislados, siendo uno de los rasgos característicos del paisaje, contrastan por su esmerada y elegante construcción con los groseros objetos de barro que en su interior contienen.

De estos barros, el mejor de cuantos hasta ahora han puesto al descubierto las excavaciones, es el señalado de número 2 en nuestros grabados y representa á un indio llevando á cuestas un cadáver. ¿Se trata de un sacrificador con la víctima que acaba de ofrecer á sus dioses insaciables de carne humana ó de un vencedor cargado con los despojos mortales del vencido? Lo ignoramos: la tumba ha guardado el secreto. Los cuerpos están desnudos y con la cabeza cubierta con el pequeño gorro cónico que aun en la actualidad llevan los habitantes de la cordillera de los Andes.

(Tomado de *La Nature*)

LOS RELÁMPAGOS *(Su reproducción fotográfica)*

Está plenamente demostrado que en las ciencias físicas los progresos de cualquiera de ellas influye más ó menos en todas las demás y que todas las ramas del saber humano se desarrollan en cierto modo paralelamente, prestándose mutuo apoyo: véase sino cuán preciosos resultados ha dado la fotografía que en manos de astrólogos, naturalistas, físicos y metereólogos ha descubierto la existencia de fenómenos que el ojo humano no había podido percibir.

De ello son buena prueba los grabados que reproducimos. El ilustre astrónomo Arago al hablar en su magnífica obra sobre el trueno, de los relámpagos en zigzag, dice que rara vez ofrecen estos ramificaciones, opinión que comparten con él otros célebres metereólogos, citándose como excepcionales los que se dividían en dos ó tres ramas á lo sumo. Pues bién, las fotografías obtenidas recientemente en Wakefield (Estados-Unidos) y en París destruyen por completo esta teoría, presentándonos relámpagos en zigzag con ramificaciones innumerables.

Estos estudios interesantes están llamados á aportar, con el tiempo, nociones completamente nuevas á la ciencia de hoy en día.

(Tomado de *La Nature*)



Fig. 1. – Reproducción de una fotografía de relámpago obtenida en los Estados Unidos por Mr. A. H. Binden el día 23 de Julio de 1888 á las 8 y media de la noche.

NOTICIAS VARIAS

MÉJICO. – *Ferrocarril transcontinental.* – El gobierno mejicano ha mandado hacer el estudio de una vía férrea que reuna el Océano Pacífico con el mar de las Antillas. Esta línea, que deberá partir de Tuala, en la costa mejicana del Pacífico, terminará en San Juan Bautista, á unos 160 kilómetros de la bahía de Campeche. Los buques procedentes del Atlántico y del mar de las Antillas, remontarán hasta San Juan Bautista por el río Grijalva: los pasajeros y mercancías pasarán allí de los buques al ferrocarril y podrán efectuar sin interrupción su viaje hasta la costa del Pacífico ó hasta Nueva York. Esta vía será más corta que la de Panamá, por más que la férrea que se trata de crear no deje de tener 375 kilómetros.

***

PEQUEÑAS ANTILLAS. – *Desaparición de la población blanca.* – El americano M. Hearn, que acaba de recorrer las Antillas, se preocupa de la disminución rápida de la población blanca en estas islas. En 1848 la Martinica tenía aún 25,000 blancos; hoy sólo cuenta 8,000 criollos contra 160.000 negros ó mulatos. Muchas islas de las Pequeñas Antillas han perdido la mayor parte de sus colonos. San Vicente es un país yermo; Tabago una ruína; San Martín está medio desierto; San Cristobal se desmenuza; en la Granada ha desaparecido la mitad de la población blanca; Santhomas, tan próspera en otro tiempo, y el puerto más cosmopolita de las Indias occidentales, está en plena decadencia. M. Hearn cree que en la Trinidad, donde hay grandes capitales ingleses y una población trabajadora inteligente, se sostendrá la situación algún tiempo, pero en todos los demás puntos la raza de los antiguos esclavos parecerá que deberá ser dueña de estas islas.

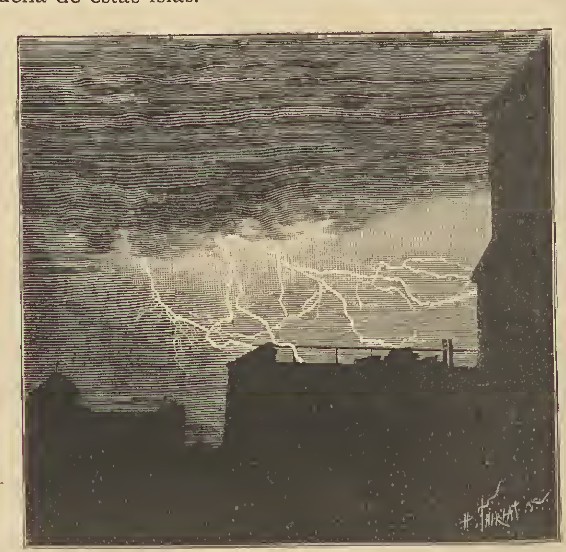


Fig. 2. – Reproducción de una fotografía de relámpagos obtenida en París por Mr. Felix Burle, ingeniero el día 22 de Julio de 1888 á las 10 de la noche.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

BARCELONA. – IMP. DE MONTANER Y SIMÓN